

“Otro mundo es posible”
Francisco Javier Ibisate S.I.
Lección magistral en la
investidura como Doctor honoris
causa en economía y ciencias sociales

Cuando el Rector de la UCA, P. José María Tojeira, me comunicó que la Junta de Directores quería concederme un doctorado *honoris causa*, me sentí algo perplejo: ¿qué habré hecho yo para que se les haya ocurrido tan especial decisión? Después pensé que sí podía haber una buena razón. Durante 35 años he tenido la suerte de vivir y compartir la historia de la universidad y, por ello, este título es un homenaje de la Junta de Directores a la historia de la UCA. Ahora yo lo agradezco y lo comparto con tantas personas, unas más conocidas y otras más anónimas, que han colaborado a labrar esta historia. Ofrezco este título a mis seis compañeros y empleadas mártires, porque ellos inspiraron y realizaron con todos nosotros esta misión de la UCA.

En enero del presente año se reúne, en Porto Alegre, Brasil, el primer Foro Social Mundial, con el lema “Otro mundo es posible”. Quiero aprovechar esta oportunidad para comentar ante ustedes este lema, desde una perspectiva más bien económica.

El día 2 de octubre leí en *La Prensa Gráfica* este titular: “Naciones Unidas busca estrategia antiterrorista”. Luego de condenar unánimemente los actos terroristas del pasado 11 de septiembre, Naciones Unidas busca integrar a todas las naciones en esta lucha, agregando que “las negociaciones sobre esta convención están estancadas desde hace más de un año, debido a que no hay un acuerdo sobre la definición de terrorismo”. Cuatro días más

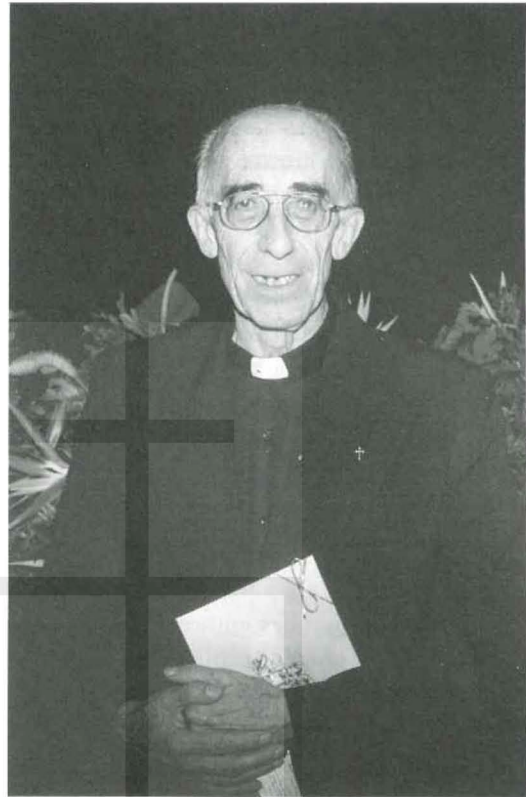
tarde, el diario *El País* (Madrid) publica una nota breve: "Concluye el debate antiterrorista en Naciones Unidas. La Asamblea General de Naciones Unidas cerró ayer cinco días de debate sobre el terrorismo y dejó el asunto en manos de un grupo técnico, que deberá definir el término y proponer medidas concretas para su combate antes del 15 de noviembre".

Me quedé pensando la razón de estos debates porque el Tribunal de Nuremberg, en 1945, ya había definido todos los actos que se calificaban como crímenes de guerra, crímenes contra la paz y crímenes contra la humanidad, y en 1946, Naciones Unidas había definido qué se entiende por genocidio. Por lo visto es difícil "definir", es decir, poner límites al término terrorismo y que pueden darse hechos mundiales que son terrorismo, pero que no aparecen en el diccionario de terrorismo. Por esta razón, quiero hablar "pacíficamente" del terrorismo, o mejor dicho, quiero hablar del "terrorismo pacífico": se puede hacer terrorismo sin hacer la guerra.

Nací en 1930 y a los seis años conocí la guerra civil española; una "cruzada de cuatro años". Les puedo asegurar que sí hubo cruel terrorismo por ambos bandos. A continuación empalmamos con la segunda guerra mundial y todos sabemos que se practicó el más cruel terror por las cuatro esquinas. Al concluir la segunda guerra mundial se inicia una nueva escalada del terrorismo: la carrera armamentística. En 1970 se gastaba un millón de dólares por minuto en carrera armamentística y se había acumulado un poder destructivo equivalente a millón y medio de bombas como las de Hirósima y Nagasaki, que tal vez entren en la nueva definición de terrorismo. Para 1987, año de la *Perestroika*, se gastaban casi dos millones de dólares por minuto en "la manía armamentística", como la llamaba Gorbachov. Para 1990 ya se habían librado unos doscientos conflictos armados, muchos de ellos étnico religiosos, dentro de la aldea global. El enfrentamiento de los sistemas económicos se fundamentaba en el adagio romano *si vis pacem, para bellum*, "si quieres la paz, prepara la guerra". Esta es la historia negra del siglo XX, que el premio Nobel Yehudi Menuhin resumió en quince palabras: "Despertó las mayores esperanzas que concibió la humanidad y destruyó todas las ilusiones e ideales".

A partir de ese momento, comencé a preguntarme qué es terrorismo. Porque llegados a la década de los noventa, si somos sinceros, encontramos que ninguno de los dos grandes sistemas, que se presentaban como "el fin de la historia", ninguno había dado una respuesta humana a los grandes problemas económicos, sociales y espirituales de la mayor parte de la humanidad. La ciencia al servicio de la guerra y de la destrucción nos habían llevado a un terrorismo violento y a un terrorismo pacífico: los grandes clamores de la humanidad no se habían resuelto. Esta reflexión era importante porque, a partir de 1990, estábamos transitando de "la guerra fría a la paz violenta": los campos de concentración van cediendo su espacio a los campos de exclusión. La historia económica de El Salvador será un fiel reflejo de la historia de la globalización.

La cumbre mundial sobre el desarrollo social, en Copenhague, en 1995, presentaba con crudas estadísticas tres grandes problemas mundiales: "se desarrolla la pobreza, el crecimiento con desempleo y la insolidaridad social". Boutros Ghali, Secretario General de Naciones Unidas, nos advertía que se estaba generando una "crisis de trabajo", que es una crisis económica, una crisis social, una crisis moral, una crisis de incertidumbre y una crisis de gobernabilidad.



Todos reconocemos los aportes positivos de la actual globalización, si se dirige al servicio de la vida y de la producción civil: la revolución en la micro-electrónica, la informática y la información, la biotecnología, los nuevos productos y los nuevos procesos de producción. Pero, como dijera el economista historiador Joseph Schumpeter, las revoluciones tecnológicas son un proceso de "creación destructiva". Crean y destruyen, y al estar el conocimiento científico tanto o más concentrado que la riqueza, unos se benefician de la creación y otros, que son mayorías, se ven excluidos por la destrucción. La revolución tecnológica, al mismo tiempo, une y divide. Como dijo Frank Hinkelammert: "ahora aparece un tercer mundo al interior del primer mundo y un primer mundo al interior del tercer mundo". El interrogante es que también la ciencia pacífica puede generar un terrorismo pacífico, sin guerra.

En esas estábamos cuando, en 1997, se desboca una de las fuerzas motrices de la globalización con la crisis financiera especulativa que, desde el epicentro del bloque sudasiático, sacude todas las bolsas de valores y golpea, frontalmente, a países tan distintos y tan distantes como Rusia y Brasil. En octubre de 1998 se reúnen en Washington los miembros del Grupo de los Siete para analizar la situación. Toda la respuesta que nos pudieron dar, a través de un Ministro de Hacienda, fue: "No esperen que saquemos un conejo del sombrero que nos dé la solución". La globalización se tornaba incontrolable. Michel Elliot concluía: "A la pregunta, ¿quién controla la economía global?, la respuesta es nadie. Un mundo sin normas y sin reglas es un mundo sin seguridad".

En esta reunión de Washington, el presidente del Banco Mundial, James Wolfensohn, lanza un discurso inesperado: "La otra crisis". Una crisis de pobreza, inseguridad y desesperanza. "Hoy mis recuerdos son muy distintos. Hoy, mientras hablamos de crisis financiera, 17 millones de indonesios han recaído en la pobreza... Hoy, mientras hablamos de crisis financiera, aproximadamente el 40 por ciento de la población rusa vive en la pobreza. Hoy, mientras hablamos de crisis financiera, en todo el mundo, 1 300 millones de personas subsisten con menos de un dólar al día; 3 000 millones viven con menos de dos dólares al día; 1 300 millones no tienen agua potable; 3 000 millones carecen de servicios de saneamiento y 2 000 millones no tienen electricidad... Hemos comprobado que cuando pedimos a los gobiernos que adopten medidas rigurosas para organizar sus economías, podemos generar enormes tensiones: quien sufre es la gente, no los gobiernos... Los problemas son demasiado importantes para conformarnos con las respuestas del pasado o con las modas o las ideologías del momento". Wolfensohn reconoce así los errores del pasado, ojalá con propósito de enmienda.

Desde hace setenta años, la elite del capitalismo (los jefes de Estado, los directores de las grandes empresas, los presidentes de las instituciones internacionales y reconocidos economistas...) se reúne en un balneario de invierno, en Davos, Suiza, para analizar la marcha de la economía mundial. La agenda de Davos del año 1999 era "La globalidad responsable. La gestión del impacto de la globalización". Los propios organizadores del evento lo introducen con tonos críticos. "Esta crisis es el resultado de una globalización que ha sido conducida de manera irresponsable. O se diseñan nuevas medidas para hacer frente a la crisis o estamos condenados a entrar en un período de caos endémico y sistemático. De ahí la necesidad de crear mecanismos globales e institucionales para lograr que la globalización se traduzca en fuente de bienestar para millones de personas que han sido condenadas a la miseria y al desempleo". Se agregan otros textos críticos. "Miseria y desempleo, destrucción masiva de la riqueza financiera y material. Estados sometidos a la especulación, un capitalismo salvaje que erosiona las normas más elementales de la convivencia son algunos de los rasgos que advertirían una globalización irresponsable. La gestión de los desafíos económicos internacionales no puede seguir siendo monopolio de las grandes potencias, a cuyas reuniones asisten los representantes y líderes políticos de las naciones emergentes como invitados de piedra". Los miembros de la elite del capitalismo oyeron, pero poco escucharon. Algunos de los economistas asistentes llegaron a una novedosa conclusión: "comprobamos algo ya presentido por muchos: nos hallamos de nuevo en el postneoliberalismo".

En diciembre de 1999, con ocasión de la cumbre de la Organización Mundial del Comercio, en Seattle, y con la sintonía de unos 40 000 manifestantes pacíficos, se abre el debate sobre otro de los centros neurálgicos de la globalización: las relaciones asimétricas del comercio internacional. Quedó

al descubierto que los países ricos subvencionan ilegalmente sus exportaciones (la Unión Europea con 40 mil millones de euros para el año 2000 y Estados Unidos con 22 mil millones de dólares), al mismo tiempo que cierran sus fronteras con aranceles y barreras sanitarias. Los delegados de los países pobres se negaron a firmar un acuerdo final, sobre el cual no habían sido consultados. Literalmente, "no sabemos qué decisiones se van a tomar y una vez más se nos pedirá suscribir un texto que ni tendremos tiempo de leer". El fracaso de esta cumbre ha sido interpretado como una victoria de los países pobres. ¿Qué sucederá en la actual reunión de esta organización, en Qatar?

La ciencia al servicio de la guerra y de la destrucción nos habían llevado a un terrorismo violento y a un terrorismo pacífico: los grandes clamores de la humanidad no se habían resuelto. Esta reflexión era importante porque, a partir de 1990, estábamos transitando de "la guerra fría a la paz violenta": los campos de concentración van cediendo su espacio a los campos de exclusión.

Joseph Stiglitz, jefe de economistas del Banco Mundial, había dicho: el libre comercio en poco o en nada ha beneficiado a los países pobres y la teoría del libre comercio es "un fraude intelectual". Luego de esta afirmación, y por presiones bien conocidas, Joseph Stiglitz fue relegado del Banco Mundial. Pero lo escrito, escrito está, y con toda razón. Joseph Stiglitz ha recibido el Premio Nobel de Economía por su "teoría de las asimetrías". En reciente viaje a Quito, Stiglitz dijo que la globalización debería suponer para todos los países una franca apertura de mercados para lograr un mayor crecimiento. Las naciones podrían beneficiarse del derrumbamiento de las barreras del comercio. La manera como ha sido empujado el "fundamentalismo del mercado" ha causado tensiones fuertes. La forma en que ha sido concebida la globalización "no ha sido transparente", ni justa para los países pobres, por las desventajas comparativas con las naciones desarrolladas. La liberación comercial internacional ha sido elaborada por las naciones desarrolladas sin tomar en cuenta las opiniones de otros países o sectores económicos que están inmiscuidos en el proceso. La "governabilidad está fuera de foco" cuando no concierne ni transparenta los mecanismos de integración comercial o financiera entre todos los integrantes. A modo de ejemplo, Stiglitz recordó que sólo un país, Estados Unidos, tiene derecho a veto en el seno del Fondo Monetario Internacional, mientras que en Naciones Unidas son cinco. Con toda razón, el premio nobel habló de "un fraude intelectual", que abre la puerta a un pacífico terrorismo.

En febrero del 2000 se reúne, en Bangkok, Tailandia, la décima conferencia de Naciones Unidas sobre comercio y desarrollo. El presidente saliente

del Fondo Monetario Internacional, Michel Camdessus, fue recibido con un pastelazo de crema thailandesa en la cara. Son gajes del oficio, dijo, y pronunció su discurso de despedida. He aquí un sólo párrafo. “¿Por qué tanta ansiedad y por qué tantos rechazan la globalización como un símbolo de las nuevas tendencias económicas? La respuesta es que aún no se ha demostrado que la globalización se preocupe lo suficiente por el problema más grave de nuestra era, la pobreza, o que sea capaz de resolverlo. La brecha creciente entre los ricos y los pobres, y el abismo que separa a los países más ricos de los más pobres son moralmente inadmisibles, económicamente ineficientes y, desde el punto de vista social, potencialmente explosivos. Hoy es evidente que no basta aumentar el tamaño de la torta; la forma en que se reparte es esencial para el dinamismo económico. Si no ofrecemos esperanza a los pobres, la confrontación, la violencia y las conmociones sociales terminarán socavando la estructura de la sociedad. En ninguna parte podemos permitirnos el lujo de hacer caso omiso de la pobreza, pero es en los países más pobres donde no puede tolerarse la extrema pobreza. Es nuestro deber aunar esfuerzos para aliviar el sufrimiento. ¿Qué es entonces lo que debemos hacer? La respuesta es sencilla: debemos renovar nuestros compromisos a favor de los principios del multilateralismo. Un multilateralismo más vigoroso es la única forma de humanizar la globalización”. Este fue el mensaje de despedida del presidente del Fondo Monetario Internacional. Una vez más, lo escrito, escrito está.

Michel Camdessus también dijo que los países ricos dan con una mano y quitan con la otra: al mismo tiempo que ofrecen pequeñas reducciones de la deuda externa, subvencionan sus exportaciones y plantan barreras a las exportaciones del tercer mundo. En esta cumbre de Bangkok se había pedido a los países industrializados abrir sus fronteras, sin cupos ni restricciones a las exportaciones de los 40 países más pobres y endeudados, que representan sólo el 0.5 por ciento del comercio mundial. Pero no se logró un acuerdo. El representante de Naciones Unidas, Rubens Ricupero, llegó a una conclusión: “La globalización hace difícil la globalización”.

En el mes de abril de 2000 tiene lugar, en Washington, la reunión del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, dos clásicos actores del terrorismo pacífico, y en septiembre se vuelven a reunir, en Praga, República Chequia. En Washington aparecen los manifestantes pacíficos, los misioneros del norte. Los manifestantes acusan a la “trinidad pagana”: el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio, instrumentos de la globalización para el empobrecimiento de los países en desarrollo. ¿Quién debe a quién? Se preguntan los manifestantes: las grandes compañías petroleras y mineras que explotan las materias primas del tercer mundo, producen enormes destrozos humanos y medioambientales... Antes defendíamos los derechos civiles, ahora luchamos por los derechos humanos. Si la policía no nos deja manifestarnos, estará violando la Constitución. La moralidad está antes que la legalidad”. Entre los manifes-

tantes hay quienes enarbolan la Biblia y citan al profeta Isaías: “los más de 300 000 millones de dólares que deben los países, en buena parte al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial, son el cimientó de las protestas... El mensaje está dado y que el Fondo y el Banco Mundial digan que quieren cambiar ya es un triunfo”.

El aporte de estos manifestantes es importante, pues ellos recuerdan que los destinatarios y los beneficiarios del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial en el año 2000 son completamente distintos a los destinatarios y los beneficiarios de 1945, que son ahora accionistas de ambas instituciones. Lo que se solicita en Washington es “otro Fondo Monetario Internacional” y “otro Banco Mundial”, porque los países en desarrollo no pueden quedar a la merced de los capitales financieros privados, que sólo buscan sus propios beneficios.

En la reunión de Praga, J. Wolfensohn, presidente del Banco Mundial, y Horst Kohler, nuevo presidente del Fondo Monetario Internacional, tienen la oportunidad para dialogar con algunas organizaciones no gubernamentales pacíficas: Oxfam International, Greenpeace, Jubileo 2000... “Hemos subestimado la capacidad de protesta de las organizaciones no gubernamentales”, dijo Wolfensohn. “Lo positivo es que se está hablando más de la desigualdad. Esta preocupación la compartimos. Nos dicen que no se les toma suficientemente en cuenta. Pero es que hace cinco años no se les consultaba en absoluto”. Wolfensohn y Kohler solicitaron públicamente que los grandes gobiernos se integren en este diálogo. “Las ayudas de occidente al tercer mundo no han hecho más que menguar en la última década, acusó Wolfensohn, y creo que esto es un crimen. Una de las cosas que pueden desestabilizar a los países desarrollados... son las protestas sociales, y creo que las cifras se están volviendo tan apremiantes que corremos un serio riesgo”. La organización no gubernamental Jubileo 2000 obsequió dos cruces blancas a Wolfensohn y Kohler, en recuerdo de los 19 000 niños que cada día mueren y podrían ser salvados con el endeudamiento que occidente se niega a perdonar. Algunos analistas dijeron que en Praga se había dado “un giro copernicano”.

En el mismo mes de septiembre tiene lugar la cumbre del milenio, Nueva York. Koffi Annan, Secretario General de Naciones Unidas, dijo: “Hay que reinventar Naciones Unidas. Afrontamos desafíos mundiales que nos obligan a trabajar juntos, y si esto es cierto en la esfera económica, lo es aún más ante el desafío que representan las matanzas y las guerras”. No imaginaba Koffi Annan qué traducción tendrían estas últimas palabras, justo un año más tarde. Viniendo a la esfera económica, Koffi Annan subraya la necesidad de gobernar la globalización, por medio de una acción multilateral más vigorosa y más misericordiosa.

Creemos que la tarea fundamental a que nos enfrentamos es conseguir que la mundialización se convierta en una fuerza positiva para todos los

habitantes del mundo, ya que si bien ofrece grandes posibilidades, en la actualidad sus beneficios se distribuyen de forma muy desigual, al igual que sus costos. Los problemas mundiales deben abordarse de manera tal que los costos y las cargas se distribuyan con justicia, conforme a los principios fundamentales de la equidad y de la justicia social. El logro de estos objetivos depende, entre otras cosas, de la buena gestión de los asuntos públicos en cada país. Depende también de la buena gestión de los asuntos públicos en el plano internacional y de la transparencia de los sistemas financieros, monetarios, comerciales. Propugnamos un sistema comercial y financiero multilateral abierto, equitativo, basado en normas, previsible y no discriminatorio. Pedimos a los países industrializados: que adopten una política de acceso libre de derechos y cupos respecto de virtualmente todas las exportaciones de los países menos avanzados. Que concedan una asistencia para el desarrollo más generosa, especialmente a los países que se están esforzando por destinar sus recursos a reducir la pobreza...

Recuerdo que Kofi Annan acaba de recibir el Premio Nobel de la Paz. El día 1 de noviembre, Annan dijo que "Naciones Unidas debe proseguir sus esfuerzos para combatir la pobreza, el sida e incluso los cambios climáticos. Estos problemas pueden alimentar el terrorismo". A este propósito, solicitó que la próxima reunión de la Organización Mundial del Comercio, del 9 al 13 noviembre, contribuya a ratificar nuevas negociaciones comerciales favorables para los países en desarrollo.

El problema es que la globalización ha entrado en un serio proceso de crisis. En enero de 2001 se vuelven a reunir en Davos los jefes de Estado, los presidentes de las instituciones internacionales y los directivos de las grandes empresas y, en las mismas fechas, se reúne, en Porto Alegre, el primer Foro Social Mundial. La agenda de Davos 2001 es preocupante: "recuperar el crecimiento y reducir las desigualdades". Una globalización en crisis y ojalá en un proceso de autocrítica. De nuevo, la especulación financiera vuelve a sacudir y a debilitar las economías de las grandes potencias. En diciembre de 2000, el presidente de nuestro banco central, Alan Greenspan, dijo refiriéndose a Estados Unidos: "La tasa de crecimiento es probablemente cercana a cero". En Davos preocupa más la recuperación del crecimiento; en Porto Alegre, la reducción de las desigualdades. El mensaje: "Otro mundo es posible".

Estos mismos problemas se debaten en la ajetreada cumbre del Grupo de los Ocho, en Génova, en julio de 2001, de la cual extracto la voz de un manifestante pacífico. En la misa del domingo que precedió a esta cumbre, Juan Pablo II se dirigió a los representantes de las grandes naciones: "Escuchen a los pobres del mundo. Esfuércense con toda energía para hacer a nuestra tierra habitable para todos, orientando la mundialización, según los criterios del bien común y las exigencias imperiosas de la justicia y de la solidaridad".

Dentro de dos días, los técnicos de Naciones Unidas nos darán la definición de qué es terrorismo. No sé si en esa definición entrará algo de lo que aquí he tratado de exponer. Pero de una cosa si estamos seguros: que “otro mundo es posible” y que merece la pena trabajar por ello, porque el actual mundo es bastante imposible. “Como personas y como países cuesta caro el ser pobres”.

San Salvador, 13 de noviembre de 2001.

